

La propagación de la lectura

Marcela Dávalos

Robert Darnton, *El coloquio de los lectores. Ensayos sobre autores, manuscritos, editores y lectores* (prólogo, selección y traducción de Antonio Saborit), México, FCE, 2003, 460 pp.

Como casi todos los libros que se leen en la actualidad, el de Robert Darnton seguramente también será leído secuencialmente “de corrido”, sin embargo, por la estructura con que fue diseñado, el contenido de los artículos, su encajamiento y sin duda por su contenido, pareciera que su editor, Antonio Saborit, nos invitase a sostenerlo en el regazo y a leerlo en voz alta para otros, como jugando a ser hombres del Antiguo Régimen. ¿Cómo leerían éstos? Sus lecturas eran segmentadas sin que reinase la intención de comenzar por la primera página y terminar en la última; se detendrían en pequeños fragmentos llevándolos consigo durante días, anotarían reflexiones en los márgenes de las hojas o sacarían apuntes que les fueran útiles para ordenar su mundo. Fue hasta el siglo XIX que la novela impulsó el hábito de recorrer los libros de principio a fin. Ni

la lectura, ni los libros como objeto, ni su sociabilización, ni su percepción han sido los mismos a lo largo del tiempo, lo cual implica que ni Shakespeare, ni Molière, ni Rousseau, ni Voltaire, ni Diderot pueden considerarse obras únicas por el, aparentemente, simple hecho de que los “seres humanos son animales que producen sentidos” o, lo que es lo mismo, cada época elabora la construcción social de su realidad.

En *El coloquio de los lectores* se nos incita a capturar los procesos mentales con que los lectores del Antiguo Régimen se apropiaban de los textos, poniendo en duda la posibilidad de considerarlos monolíticos. Los letrados parisinos del siglo XVII no tenían el mismo sentido del humor, no exponían las tramas de los relatos, ni daban relevancia a ciertos gestos expresivos que para nosotros sí serían significativos. Todos los artículos de Robert Darnton recopilados, traducidos y presentados brillantemente por Antonio Saborit se entretienen mostrando cómo lenguaje y percepción crean mundos propios; desde los que nos remiten al antiamericanismo del siglo XXI hasta los que nos vinculan con las cortesanas de “sexo para pen-

sar”, pasando por las protestas de Robespierre contra la virtud enaltecida por Eglantín o los que exhiben las distintas lecturas de Molière y Shakespeare nos transportan al mundo literario limítrofe a la revolución de 1789.

Además de su perseverancia para dar seguimiento a la recepción literaria de una época y de hacernos experimentar el vértigo de sabernos extraños en ese mundo, Robert Darnton nos dirige a los códigos sociales aristocráticos del Antiguo Régimen y a los arrebatos de los revolucionarios franceses por destruirlos. Hoy, al menos abiertamente, ninguna mujer diría que mientras más sexo tuviera, más inteligencia tendría. Si se me permite exponer abruptamente la reflexión darntoniana, las heroínas de la pornografía de principios del siglo XVIII, partidarias de la naturaleza y contestatarias de la religión, aceptaban que la estupidez disminuía mientras más conocimiento carnal adquirían. Pero la inquietante lectura del erotismo pasado no queda en el tema de “si la pornografía era para despertar el deseo sexual o si era únicamente para excitar a los hombres” —lectura acusada por algunas feministas— sino que nos

ubica en el entorno comunicativo en que se desempeñaban tales lecturas y escrituras.

Si los personajes de las novelas eróticas del siglo XVIII, luego de masturbarse y copular, discutían sobre ontología y moral, era porque el sexo y la filosofía iban de la mano, en tanto se pensaba que el conocimiento carnal podía abrir camino a la Ilustración. Se trataba de estrategias narrativas. En aquel tiempo, el sexo servía como vehículo de crítica social al rechazar los prejuicios morales, la estrechez religiosa y denunciar la telaraña de influencias y riquezas que imperaban en la poderosa elite francesa. Un papel similar jugaron los libelos y literatura de vidas privadas al pretender disminuir la legitimidad de la vida en la corte; entre sus difamatorias líneas se muestra cómo circulaba la información, algunas prácticas de lectura, pero sobre todo el estrecho vínculo entre la política y la privacidad de la corte, tal como sucedió con el escandaloso libelo sobre la vida privada del rey Luis XV bajo la apariencia de un cuento fantástico titulado *Tanastès*, escrito por mademoiselle Bonafon quien era camarista de la princesa de Montauban en 1745.

El asunto es que ni la literatura pornográfica, ni las obras de Molière, ni la vida privada de Luis XV, ni las culpas de Rousseau, ni las notas personales del excombatiente de la primera Guerra Mundial, Geoffrey Madan, ni el genial Shakespeare inventado por el romanticismo, ni ninguna otra referencia expuesta juega tan sólo el papel de erudición. Los personajes ayudan a exponer el mundo social de los lectores, y más que preguntarles si son expresiones transparentes y directas de una sociedad —de si son espejo verídico

de una realidad— se trata de reconocer el mundo de valores en que se produjeron no tanto en su contenido como por cómo se les leyó.

La enciclopedia semántica y literaria con que nos topamos, habla del mundo de vida de aquella sociedad a través de cómo aprehendían las obras sus lectores. Las reiteradas indiscreciones esparcidas por los libelos, revelan el peso que tenía esa literatura clandestina. Las pesquisas de la policía por localizar la procedencia de tales murmuraciones muestran lo amenazante que resultaba a la familia real que aquella información “íntima”, se rumorara entre la colectividad. El texto escrito por mademoiselle Bonafon, “muestra al jefe de la policía de París, uno de los hombres más poderosos del reino, en una intensa esgrima verbal con una camarista. En el centro del combate un misterio: ¿cómo es posible que una mujer de esa condición escribiera una novela?”. ¿Quién la aconsejaba?, ¿se había inspirado en algún panfleto clandestino? —se preguntaban—. Un preocupante eco rondaba el deshonor del rey: el desprestigio moral podía desafiar el equilibrio de sus dominios, porque la política en el Antiguo Régimen no se disociaba de los actos privados del rey, ya que su felicidad, sus vínculos familiares, su trascendencia, sus perdiciones o sus triunfos determinaban el destino del reino. Tales supuestos incitaron las redadas por las que hoy reconocemos los nombres de los posibles intrigueros: una cadena de personajes, impresores, distribuidores, vendedores ambulantes, editores, conserjes, policías, sirvientes, etcétera, dibujan el mundo de vida de una corte regida por chismes.

Estamos de pie ante una sociedad en la que, aun cuando ya cir-

culaban gran cantidad de textos impresos, seguían vigentes antiquísimos sistemas de comunicación verbal. Más específicamente se trata de la “relación entre lo oral y lo escrito en el interior de un sistema de comunicación que vinculaba la corte con la ciudad”, un mundo en el que el peso de la opinión pública, se construía “por una especie de dialéctica entre la lectura y la conversación”; un momento de “periodismo primitivo” en el que influían la voz de los domésticos o de los visitantes a la corte como ingredientes de una retórica en que la oralidad y escritura moldeaban la opinión pública.

Los parisinos que en esa época querían informarse sobre las disputas de los partidos dentro del sistema de poder, debían prestar oídos a los rumores que transmitían los circuitos de comunicación oral, a la “literatura de difamación”: por ello entre las sentencias de la policía quedaron impresas causas como el prorrumpir “discurso contra el rey”, emitir “conversaciones ofensivas contra el gobierno y los ministros”, o bien por participar en “conversaciones ofensivas”. Mademoiselle Bonafon, las amantes del rey y el género de vidas privadas eran parte de un sistema de comunicación en el que lo oral, lo escrito y lo impreso se cruzaban y amplificaban.

Pero si lo oral y lo escrito iban de la mano, también la lectura y la escritura se enlazaban, tal como se muestra en la reapropiación de las lecturas: “Hubo un tiempo en el que los lectores acostumbraban llevar un libro de lugares comunes. Cada vez que se topaban con un pasaje jugoso, lo copiaban en un cuaderno bajo un buen encabezado, añadiendo el tipo de comentarios que solían hacerse en el transcurso de la vida cotidiana.” Los lectores

reelaboraban su mundo. Esos diarios nos remiten a una intención ante la lectura y la escritura. El libro de notas de Madan, sobreviviente de la Primera Guerra Mundial y de una meningitis que lo llevaron a vivir de sus rentas el resto de su vida, mientras contemplaba la comedia humana desde los clubes de Londres y las mesas reservadas de Oxford, al tiempo que catava vinos y compraba plata y libros antiguos, muestra cómo se leía entre sus contemporáneos. De sus notas de lugares comunes, de cómo le dieron sentido a los libros, pasamos a su mundo de vida.

Estos diarios los llevaban también Thomas Jefferson y William Drake como alicientes de su vida cotidiana. Las notas de lectura de Drake, quien pensaba que leer era el proceso por el cual se extraía la esencia a los libros para incorporarla a uno mismo —la lectura como digestión—, es ejemplo de esto: “Prefería los textos en fragmentos de las dimensiones de un bocado que pudieran ser útiles al aplicarlos a la vida cotidiana. La lectura no debía perseguir la erudición; debía ayudarle al hombre a salir adelante en la vida y sus fragmentos más útiles provenían de los proverbios, de las fábulas e incluso de las frases escritas en los libros de emblemas”. Este uso lo reafirma también Gabriel Harvey, abogado del conde Leicester en la Inglaterra isabelina, “quien elegía los pasajes adecuados a su demanda de la Historia de Roma de Tito Livio, reuniéndolos con extractos de otros clásicos, para emplearlos como parque en las batallas retóricas o para dar consejos a mecenas potenciales”.

La pornografía, los libelos y los libros de notas personales dan acceso directo a vivencias del pasado que hoy parecen extrañas.

“A la gente le importaba si Luis XV tenía o no debilidad lúbrica, si andaba en malos pasos o si su amante era aconsejada por Richelieu en tanto eran elementos centrales que amenazaban la decadencia del reino. Éste es el motivo primordial de todas las vidas privadas, de la literatura escandalosa o de los libelos difamatorios clandestinos vigentes hasta el final del Antiguo Régimen”. Se trata de un género motivado por los actos íntimos en la corte, en que la lectura se sucedía en un ámbito mental fundamentalmente distinto en sus supuestos, valores y códigos culturales a los nuestros.

La persecución de libros difamatorios habla de mentalidades que ya no existen. Fueron escritos claudesantemente, con anagramas que sólo lectores enterados y capaces de no despistarse, rearmaban esos complicados rompecabezas que se situaban muy lejos de la corte francesa, en Asia, en donde Persia correspondía a Francia, Japón a Inglaterra, Corea a Portugal o bien los seudónimos de Tanastès, Zéokinizul y Sha-Séphi correspondían a Luis XV, el último rey taumaturgo que fue señalado severamente por sus correrías. Los lectores estaban obligados a tener en mente un mapa geopolítico en el que cada país asiático correspondía a un poder europeo: era una auténtica conversación con el texto.

Darnton reconstruye el horizonte en que se sucedían aquellas formas comunicativas. La Revolución francesa también fue una “revolución literaria”, desde el momento en que los revolucionarios se apropiaron del sistema literario para crear una “nueva cultura política”; los escritores hicieron la revolución a través de la literatura. Empezaron en 1789

al apropiarse del sagrado centro del viejo sistema literario —al que Molière dio forma— y acabaron en 1794 al trabajar en el corazón de una nueva cultura política. De esto nos hablan las distintas lecturas que se hicieron de Molière, autor que se convirtió en el blanco de los insurrectos por ser el “legislador de los códigos de conducta de la sociedad educada”, si se estaba con él se era partidario del absolutismo.

Dos hombres de teatro desfilan en esta pasarela. Rivaroli, quien aparece representando a la derecha contrarrevolucionaria, mientras que D’Eglantine escribió denunciando las manías de la corte; ambos, sin embargo, partieron del presupuesto de que la literatura era un quehacer político. Rivaroli elaboró una especie de almanaque en que enlistó con una perspectiva burlesca a los autores de su tiempo; “él estaba a favor de la contrarrevolución porque asumió una postura en favor del buen gusto, la pureza del lenguaje, las formas elegantes; tenía una idea estética del orden social y retrató a la Revolución como una batalla entre una civilización más vieja, patricia, y una cultura vulgar, vandálica, plebeya”. Del lado jacobino se hallaban las obras de teatro de Fabre d’Eglantine, centradas precisamente en la crítica de las manías de la corte y la “hipocresía y la bajeza de la alta sociedad”. Los intelectuales revolucionarios le dieron un nuevo sentido a las lecturas que rondaban la Francia literaria desde mediados del siglo XVIII; por ello opusieron los escritos morales de Rousseau a la sátira de Voltaire, el drama burgués contra los almanaques burlescos o la declamación ciceroniana contra el buen decir.

Esto explica que en “La vida social de Jean-Jacques Rousseau”, este autor sea presentado desde su experiencia de vida: un hombre que luego de frecuentar los salones, la vida de la corte e instruirse en los modos civilizados que requería la excluyente aristocracia, reconoció en la civilización un proceso de corrupción. Para Rousseau la moral era un código cultural, reglas no escritas de la conducta, del conocimiento y del gusto que mantenían unida a la sociedad, por lo que su protesta fue contra lo propio del “hombre altamente civilizado”, ese que dividía su tiempo entre la ópera, el cabaret y los salones. Los enciclopedistas, Diderot y D’Alembert, no toleraron su crítica, de modo que Rousseau, armado de una añeja retórica que retomaba una estética bien reconocida, desafió al tono cultural que entonces prevalecía: el *bon ton* de los salones, el *gusto*, la *amabilidad*, la *urbanidad* y los *beaux esprits*. Los salones reforzaban el despotismo de Versalles y el teatro era un agente de corrupción política, motivos por los que la cultura se le reveló como el elemento crucial de la democracia, pero no ya en el tono cortesano, sino en clubes,

juegos al aire libre, cantos corales que reunirían a la población en festivales cívicos, sugiriéndonos con esto, como el primer antropólogo capaz de reconocer las formas simbólicas de un poder patriótico espartano que podría plasmarse en eventos públicos callejeros para celebrar la libertad y virtudes ciudadanas, tal como se celebra desde los revolucionarios franceses.

Lo atractivo de todo esto es que cada línea, además de hablarnos del Antiguo Régimen, sobre todo refiere a la sociedad contemporánea. El cosmopolitismo del siglo XVIII sirve a Darnton para reflexionar sobre la Unión Europea, tanto como la circulación tradicional de la información para discurrir sobre la Galaxia Gutenberg. Los cosmopolitas cortesanos del Antiguo Régimen no asociaban el yo a una nación porque se reconocían en el entorno global europeo; el juego de las dinastías no incluía uniformes ni banderas y mezclaba contingentes de soldados extranjeros. La gente “civilizada” no reconocía preocupación ni en las fronteras nacionales, ni en los pasaportes, pues su identidad antes se distinguía por compartir códigos tales como el arte de la conversación,

montar a caballo, levantar la copa de vino o tomar el té. Antes de que el cosmopolitismo fuera empleado peyorativamente y desplazado por la demanda de bienes de lujo transportados por el nuevo comercio, la identidad era algo segmentado: un caballero pertenecía a una familia, a una corporación, a un pueblo o a una religión y a un país lo mismo que a Europa. La prioridad de ser cada uno de estos segmentos variaba de una persona a otra. Ser un caballero occidental no era lo mismo que la civilización occidental, por lo que la nación no siempre fue una unidad de existencia fundamental. Y todo ello se reconoce por cómo leía y lee la gente: en su explicación de los textos se encierra un mundo del que Robert Darnton da cuenta al mostrar las metamorfosis sensibles sucedidas desde que ese nuevo grupo de intelectuales revolucionarios, luego de apropiarse y recrear la gesta literaria, abrió la posibilidad de que la felicidad dejara de ser un privilegio de la aristocracia para convertirse en uno de los derechos del hombre, mediante la difusión y recreación de los impresos que esparcieron el arte de criticar tanto como ese valor democrático reconocido desde el siglo XIX como opinión pública.